

curas, que bailen y brinquen, ataviados con fantásticos arreos, y todo lo demás es lo de menos.

“Por esto tras de *La Almoneda del Diablo* vino *La Venus Negra*, y por eso antes de *La Almoneda* había venido la famosa *Redoma Encantada*, y hasta por eso se han exhumado los vetustos *Polvos* de la más vetusta *Madre Celestina*.

“Muy anunciada había sido *La Venus Negra*, muy cantada en prosa y verso, hasta que al fin hubo de representarse el último jueves.

“*La Venus Negra* no es una comedia de magia y brujerías, es verdaderamente de grande aparato, y por lo mismo de un argumento más verosímil, más racional que *La Redoma* y *La Almoneda*.

“Se trata allí de un atrevido viajero, que queriendo buscar el origen del Nilo, emprende el viaje á las regiones inexploradas del Africa: años y más años tarda en esta expedición, hasta que su familia, temiendo por su suerte, se decide á irlo á buscar á aquellas tierras de fuego. El hijo y la esposa del Marqués de Guerán parten, en efecto; llegan al Africa, en los momentos en que el audaz viajero á quien buscaban, se encuentra en el más grave peligro; la reina de las amazonas se había enamorado de él, y le pone en la disyuntiva del tálamo ó la horca; el Marqués prefiere lo segundo y va ya á morir, cuando un orangután, que en la obra hace el más interesante papel, le salva rompiendo sus ligaduras. Guerán encuentra á su familia y se decide á volver á su patria, pero teme caer en las garras de la temible reina; entonces descubre entre las montañas del Nilo un país original, cuyo rey llamado Munza, es un salvaje á medio civilizar; este Munza ha viajado por Europa, y quiere la casualidad que fué coche-ro del mismo Marqués; le reconoce, le presta auxilio, combate á las amazonas y le restituye sano y salvo á sus lares.

“Es este poco más ó menos el argumento, que como se ve, tiene más sentido común que el de otras obras semejantes. Por lo que respecta al modo con que *La Venus Negra* ha sido montada, merece los más imparciales elogios; es sin duda la mejor comedia de aparato que se ha arreglado en nuestra escena.

“Las decoraciones nada dejan que desear: en el primer acto, sobre todo, hay un cuadro de mucho efecto; la escena representa la cubierta de un buque; en perspectiva vense pasar las riberas del Nilo, las palmeras, los cocoteros, los árboles todos se mueven allá á lo lejos, como si en efecto el buque estuviera en marcha. De repente se anuncia un navío pirata, dispónese la defensa, truena el cañón; el vapor enemigo llega y se le ve abordar á su contrario; trepan los marineros en los palos, suenan las descargas, y por último se mira el incendio del bergantín entre los gritos de la tripulación. Dificilmente puede presentarse en la escena algo más perfecto que ese buque que pasa, que aquel encuentro y aquel abordaje, representado con agradable fidelidad.

“Hay también decoraciones de templos y palacios, de salones, de campamentos y de grupos ó cordilleras de montañas que hacen honor al talento de Herrera.

“Los trajes son elegantes y de buen gusto, hadas, sacerdotisas, amazonas, guerreros, todos han sido vestidos con originalidad y fantasía, también el *atrezzo* ha sido bien trabajado; en fin, no tememos equivocarnos al decir que *La Venus Negra* que hemos visto, luciría en los mejores teatros.

“En cuanto al desempeño, tenemos á Burón en primer lugar que hace un inglés que necesita reformas; Burón se permite el lujo de cantar unas coplas. ¡Ayúdenme ustedes á sentir! Los demás personajes, incluso el orangután, están bien en sus sencillos papeles.

“El público se ha entusiasmado, sobre todo, con el Congreso del Rey Munza en el palacio de los Membritones; las más picantes alusiones salen de la boca de los salvajes ministros que gobiernan aquel país, con leyes no muy distintas, por cierto, de las costumbres de nuestros magnates.

“Los bailes han agradado poco, y es en este punto en donde para bien de la empresa necesita el Sr. Burón introducir grandes reformas. Sólo el paso de las hadas es agradable, las otras danzas no valen gran cosa, lo mismo que la música, monótona muchas veces y sin gracia alguna.

“*La Venus Negra* es una obra exclusivamente mexicana; todo lo que en ella luce se ha hecho aquí, inventado ó confeccionado por Jesús Herrera y Gutiérrez, modesto artista que hoy llega á ocupar un puesto ventajoso entre los pintores de escena; lo notable en Herrera, es que sin maestros, casi sin modelos, sin más ayuda que su genio, ha podido producir aquellas decoraciones que tan justos aplausos le han valido. En el tercer acto, recibió una corona de plata con esta leyenda: “Al distinguido pintor mexicano Jesús Herrera y Gutiérrez.—Sus admiradores.—Leopoldo Burón.—Alberto Bernis.”

“Todavía en la primera representación de la *Venus Negra* se advertían algunas imperfecciones que deben haber desaparecido ya. Lo que sobre todo importa reformar son los bailes, que ni están bien ensayados ni tienen nada de arte ni de agradable. El público es de tal manera aficionado á la parte coreográfica, que á veces, la noche del jueves, se mostraba frío porque el baile languidecía, y porque aquellas comparsas de negras, horriblemente vestidas y brincando de una manera desaforada sin hacer caso de la música, quitaban la más firme ilusión.

“Preciso es también en nuestro concepto, aumentar las partes bailables, que son bien escasas para la afición que en el público se ha despertado por saltos y piruetas.

“Cuando la *Venus Negra* haya sido representada cuatro ó cinco

veces y se atiende á las indicaciones que ministra el gusto dominante en los concurrentes, será un espectáculo agradable, digno en todo de la cultura de México."

En cuanto al desempeño de sus papeles por la Compañía del Nacional, sólo elogios tuvo que hacer la prensa. Burón hizo un *Escocés* irreprochable; Navarro un magnífico *Rey Munza*; la Baena estuvo encantadora y bellísima, transformándose en una preciosa *Alsaciana*; la Servín se portó bizarramente en el papel de la *Marquesa*; lo mismo debe decirse de la García y la Mendoza, y de Lorca, Baladía, Rosa, Castell, Aranda y Gutiérrez: Pedro Servín estuvo inimitable en el difícilísimo papel mudo de *el Orangután*.

El Teatro de Arbeu pretendió disputar al Nacional su éxito, poniendo en escena otra obra de aparato, la *Hija del Mar*, del mismo autor de la *Almoneda del Diablo*, pero no alcanzó á conseguirlo. Acerca de ello dijo el mismo *Monitor*:

"La *Venus Negra* y la *Hija del Mar*, se han declarado una guerra sin cuartel; la primera desde los bastidores del Teatro Nacional, la segunda desde los escotillones del Teatro Arbeu, capitanean sus ejércitos para destruirse mutuamente. La *Venus Negra* cuenta con sus amazonas, con sus bárbaros del Africa, con sus palacios encantados, con sus templos misteriosos, con sus azules montañas y hasta con su *orangután sagrado*, prodigio de valor é inteligencia.

"La *Hija del Mar* tiene sus pescadores, sus damas blancas, sus brujas coloradas, sus genios, sus caballos marinos, y lo más tremendo, un ejército de horribles esqueletos que derrepente prorrumpen en una danza macabra, haciendo sonar descarnadas tibias y amarillentos fémures.

"La *Venus Negra*, así como la afrodita, tiene que ser hija de las ondas, de las ondas africanas, eso sí, de esas aguas hirvientes que tiznan la más nivea blancura; la *Hija del Mar*, ya está dicho, reconoce al océano como su progenitor; de tal suerte, que ambas, enemigas y todo, son hermanas; pero como no hay enemigo peor que el del oficio, de ahí esa guerra que se hacen, de ahí el furor con que la africana lanza á sus bailarinas amazonas á vencer al público y encadenarle á su carro triunfal, mientras la blanca y lánguida *Hija del Mar* hace uso de todos sus talismanes, de todos sus amuletos para disputar el botín á su morena rival, y aprisionar al público que es, en resumidas cuentas, la manzana de la discordia en esta batalla de magias, brujerías y brincos y piruetas.

"La pobre *Hija del Mar* va saliendo vencida en este combate singular, y muy probable es que, hija y todo de las ondas, perezca en ellas ahogada como cualquiera hija de vecino.

"Hé aquí en resumen el estado actual de nuestros teatros; el último sábado se estrenó en el Teatro Arbeu la muy encomiada *Hija*

*del Mar*. El público de México conoce ya esta obra desde el tiempo de la Sra. Rodríguez, que fué quien por primera vez la puso en escena en el Teatro Nacional, advirtiéndose que no había causado sensación alguna; porque esta clase de obras, para que agraden, deben ir acompañadas del grande y costoso aparato que Burón y Bernis han dado á sus *Almonedas* y *Redomas*.

"La *Hija del Mar* que ha presentado el Teatro Arbeu, ha sufrido algunas modificaciones y reformas; se han recortado, por ejemplo, los antiguos telones, se han remendado los trajes de los comparsas; se ha pintado una que otra buena decoración; ¡ah! y lo principal, se han lanzado á la escena unas bailarinas, que Terpsícore arrojaría lejos de sí indignada, por profanar el arte de los brincos y del correr en la punta de los pies.

"Se ha querido poner la entrada en los espectáculos de magia á cuatro reales, siguiendo así el ejemplo que para llamar al público ha dado el Teatro Nacional. Ni por esas; el salón de San Felipe ha continuado desierto, y lo que es peor, á oscuras, porque la Empresa se empeña en economizar el gas y en no mandar componer las cañerías.

"La *Hija del Mar* ha naufragado pues; todos los esfuerzos y todos los gastos no pudieron salvarla de la borrasca. Y esto es sensible á fe, porque se comprende que hay empeño por atraer al público, pero faltan los medios para ello."

Entre las numerosas repeticiones de la *Venus Negra*, dió Leopoldo Burón con mucho aplauso, *L'Hereu*, *Un Drama Nuevo*, *Hamlet*, *Redimir al cautivo*, *La Sombra Negra* y *Marta la piadosa*, de Tirso de Molina, que agradó en extremo á nuestro público, contento de que el actor español le diese á conocer inestimables joyas del antiguo gran teatro castellano.

El 2 de Octubre la Compañía de Arbeu estrenó la comedia en cinco actos y en prosa *El Mundo de ahora*, debida á Alfredo Chavero, que obtuvo varias llamadas á las tablas, al final de los actos tercero y quinto. En el mismo teatro y en la noche del 12 de ese mes, se dedicó una función á la memoria de D. Juan Eugenio Hartzembusch, poniéndose en escena tres obras en un acto, *El aviso en el puñal*, de Alfredo Chavero; *Esperanza*, de José Peón Contreras, y *La rubia y la morena*, de Juan A. Mateos. Y pues de representaciones de obras mexicanas hablamos, bueno será decir que algunos meses antes, el 7 de Julio, se estrenó en el Principal un drama intitulado, *Eugenia*, original de Alberto Bianchi, que fué llamado por el público al final de los actos segundo y tercero. El drama estuvo bien interpretado por María de Jesús Servín y por Francisco Alonso.

Leopoldo Burón continuó como de costumbre, conquistándose laureles, muy justos en esa temporada, en *El Encapuchado*, de Zorrilla, *La Muerte civil*, *El sueño de un malvado*, *García del Castañar* y *Kean*

ó *Genio y desorden*, que puso en escena el 15 de Octubre para su función de beneficio, y repitió otras veces con extraordinario aplauso, que con él compartieron García, Tomás Baladía, Lorca, Navarro, Cantó y Pedro Servín, y la Mendoza, la García y María de Jesús Servín. Al finalizar el mes de Octubre, Leopoldo Burón dejó de trabajar en el Nacional y salió de México, que conservó durante mucho tiempo grata memoria de su brillante primera campaña artística.

El primer Coliseo fué entonces tomado por la empresa Tangassi, con una Compañía así formada: *Primer actor y director*, Gabriel Galza Martínez; *primera actriz*, Concepción Padilla; *otro primer actor*, Antonio Escanero; *actor cómico*, Casimiro García; *primer barba*, Tomás Baladía; *damas jóvenes*, Mariana Rivero, Magdalena Padilla; *graciosa*, Rita Cejudo; *característica*, María Cañete; *galán joven*, Felipe Montoya; *segundo galán*, José Cendejas; *otro segundo galán*, Rafael García. *Cuerpo coreográfico*, Amalia Lepri, primera del género francés; Francisca Martínez, primera del género español: Giovanni Lepri y Martín Frayet, directores. La primera función la dió esa Compañía el 31 de Octubre con *La Bola de Nieve* y *No siempre lo bueno es bueno*. En la misma fecha empezó en el Principal sus trabajos una empresa de tandas con el *Proceso del Can-cán* y la zarzuela nueva, letra de Pina y música de Angel Rubio, *Historias y Cuentos*, desempeñadas por un cuadro en que descollaban Josefina Lluch de Heredia, el tenor Fernando Rousset, otro primer tenor Manuel Rincón, y los Areu, las Pla, Gómez y Pautret.

“Desde luego, dice un cronista, las miradas y los oídos se fijaron en la cara y en la voz de la primera tiple Josefina Lluch; es una joven de agradable presencia, que viste con elegancia, que acciona con alguna timidez; veces hay en que le estorban sus torneados brazos, y entonces, no sabiendo dónde colocarlos, los pone en jarras, y está *de comérsela*; tiene una voz fresca y extensa, sobre todo en el registro agudo; su método de canto es bueno, y las romanzas las dice con mucho sentimiento. El tenor desafina tan á menudo, que el mejor día el público le va á dar un susto. El Teatro Principal es hoy el más concurrido, en los días de fiesta especialmente; va á haber necesidad de enviar allí un destacamento de caballería para guardar el orden á la entrada.”

Así marchaban los teatros en la ciudad al finalizar el primer período administrativo confiado al Gral. D. Porfirio Díaz como Presidente de la República. ¿Había ésta ganado algo bajo el gobierno de los hombres de Tuxtepec? Por más de que pocos presumiesen entonces lo que con el tiempo habría de llegar á valer la personalidad política del Gral. Díaz, es innegable que al finalizar ese período, su prestigio alcanzaba grados infinitamente superiores á aquellos con que se levantó á la presidencia provisional, al recibir del Gral. Loaeza la

ciudad de México el 24 de Noviembre de 1876, cuatro días después de la retirada de D. Sebastián Lerdo. En los momentos del triunfo de la Revolución de Tuxtepec, nadie creyó que sus efectos hubiesen de ser durables ni tranquilo y pacífico el orden de cosas dimanado de él. Los lerdistas, que, á su propio juicio y según su modo de ver las cosas, atribuían su derrota y vencimiento, no á los embates de las fuerzas tuxtepecanas sino á *la defección* del vicepresidente de la República, que fué como calificaron la actitud asumida por D. José María Iglesias, al ver á éste desbaratado y arrollado revivieron sus ilusorias esperanzas de reivindicar su dominio, y por algún tiempo llegaron á creer que la inquina y aversión de los empleados y funcionarios de todas clases, separados en masa del servicio público por los vencedores, bastarían á reorganizar su partido y darle las mismas fuerza y cohesión que tuvo antes de la muerte de D. Benito Juárez. De los *iglesistas* poco debía temerse, pues confirmándose el malévolos rumor de que la llamada acción de los *Adobes*, con su único y solo muerto, sus dos ó tres contusos y su fácil rendición de las principales y mejores tropas del Estado de Guanajuato, no había pasado de ser lo que vulgarmente se llama un valor entendido, el mayor número de sus partidarios viniéronse á la Capital y en ella los recibió clemente el Gral. Díaz y los colocó en principales puestos públicos. Pero esa más ó menos conveniente asimilación de los *legitimistas* de Salamanca fraccionó y dividió á los tuxtepecanos: una parte de ellos se declaró francamente contraria á toda fusión con cualesquiera fracciones del partido liberal, y á toda concesión, así fuese constitucional, que de algún modo contrariase á sus planes de Tuxtepec y Palo Blanco, y titulándose á sí mismos *tuxtepecanos netos*, inició una abierta pugna contra los porfiristas incondicionales, como fueron designados quienes, comprendiendo el peligro de esas rencillas intransigentes, se resolvieron á ayudar, sin reserva, al Gral. Díaz á sostenerse en el poder. Aquellos, los *tuxtepecanos netos*, imagináronse que sin su apoyo nada podría hacer el caudillo vencedor, y por cuantos medios estuvieron á su alcance pretendieron presentarle como incapaz de sustraerse á su tutela, ni de marchar sin ella.

El Gral. Díaz, que hoy puede ser presentado como ejemplo y modelo de reserva, firmeza y constancia, no demostró que esa soberbia actitud de los disidentes le preocupase en modo alguno, y sin duda se atuvo á sus mismos antecedentes y á su conciencia de sí mismo. Luchador infatigable, jamás los reveses de la suerte debilitaron su energía, ni las injusticias de la política le decepcionaron. Nacido en Oaxaca el 15 de Setiembre de 1830, pocos meses antes de que el ilustre D. Vicente Guerrero fuese sacrificado por prohombres conservadores, como él se creó en el amor instintivo é invencible á la libertad y por ella cortó los estudios preparatorios á la carrera forense, para

tomar parte en uno de tantos movimientos contra la Dictadura que siguieron al regenerador plan de Ayutla en 1854. Hecha bajo tan noble bandera su primera campaña, no podía faltar y no faltó su espada republicana en la guerra de Reforma, y ya con envidiable prestigio llevó su acero y su inteligencia á la lucha sangrienta y terrible con la Intervención Francesa, y después del desastre de Puebla mereció, por su valerosa defensa de Oaxaca contra el experto D'Hurbal, que el Mariscal Bazaine en persona se considerase obligado á marchar sobre el temible caudillo mexicano, con un número y lujo de tropas y de elementos que bien claro decían cuán no común importancia le daba. Apoderado de su persona el alto jefe intervencionista, siguió patentizando cuál á su juicio era esa importancia, en la severa elección de las prisiones en que le retuvo, sin confiar en la seguridad de ninguna, ni en la de Loreto, ni en la de la Concepción, ni en la de la Compañía, todas ellas fuertes edificios poblanos. Su temor era fundado, pues el audaz prisionero logró fugarse de la Compañía á la media noche del 21 de Setiembre de 1866, deslizándose, con ayuda de una cuerda, á lo largo de una torre, con tremendos riesgos y peligros. Sin cumplirse aún el mes de su evasión, el valentísimo Porfirio Díaz ilustró la gloriosa campaña de la reconquista de México con sus señaladísimas victorias de *Mahuatlán* y de *la Carbonera* el 18 de Octubre del mismo año de 1866: á los pocos días la ciudad de Oaxaca volvió á recibirle como triunfador, y con el considerable armamento y más de cuarenta piezas de artillería quitadas al enemigo extranjero, pudo no sólo dominar casi todo el Estado de su origen, multiplicando sus victorias, sino también invadir el de Puebla y alcanzar en la Capital de ese nombre, el gran triunfo del 2 de Abril de 1867, al que siguieron el de San Lorenzo en 11 del citado mes, y el principio del sitio ó cerco de la ciudad de México. Ocupada ésta el 21 de Junio y ya en ella D. Benito Juárez, la recompensa que obtuvieron los señaladísimos servicios del héroe de tantas victorias en los Estados de Oaxaca y Puebla y el Distrito Federal, fué la de que á su gloriosa brigada le tocara ser una de las que desaparecieron por refundición en otras, y la de que á él se le pusiese en la necesidad de retirarse, lastimado y ofendido, á su pequeña hacienda de *la Noria*. No le olvidaron en ella los que conocían sus virtudes republicanas, y en las elecciones de 1871, si no pudieron sobreponerle á D. Benito Juárez, sí hicieron ver al país que él era el único que merecía sucederle, pues le otorgaron tres mil quinientos cincuenta y cinco votos, para la Presidencia de la República, contra cinco mil ochocientos que obtuvo Juárez, y sobre los dos mil ochocientos que pudo Lerdo alcanzar. Facultado, hasta cierto punto, por la importancia de aquel número de sufragios, cuando tantos y tantos jefes liberales se levantaron contra la indefinida administración juarista, el Gral. Díaz pudo,

sin remordimiento, expedir su manifiesto y *plan de la Noria* el 8 de Noviembre de 1871. Pero esa revolución, aunque formidable é irreducible á pesar de sus derrotas en San Mateo de Oaxaca y en la Bufo de Zacatecas, aunque movida por expertos y aguerridos jefes, avanzó poco y adelantó con marcada lentitud, cual si aquellos que no supieron cejar ni intimidarse ante los ejércitos franco-imperialistas luchasen entonces con el temor de herir al grande hombre en quien el patriotismo de todos había vinculado la nacionalidad mexicana durante los años de 1861 á 1867: sin embargo, y no obstante las victorias de los jefes juaristas, la República no estaba pacificada ni mucho menos al ocurrir en 18 de Julio de 1872 el fallecimiento del Sr. Juárez y la imprevista exaltación, aunque constitucional, de D. Sebastián Lerdo á la Suprema Magistratura.

El nuevo Presidente, poniendo en olvido que él, tanto como el que más, y en el terreno civil él más que ningún otro, había conspirado contra su ilustre predecesor, queriendo hacer á la vez olvidar cuanto había contado con el provecho que sacar pudiese de las victorias de los porfiristas, lanzó á los cuatro vientos una amnistía en que, aparte de garantizar la vida y las propiedades de los revolucionarios, tendía á nulificarlos y hasta los privaba de los grados y honores alcanzados en las heroicas luchas de la Reforma y de la segunda Independencia. Por segunda vez el Gral. Díaz se retiró de la política activa dolido con la inconsecuencia y falsía de las intrigas públicas, pero reservándose su libertad de acción para volver á la brega si quien tan severo juez se erigía, demostraba no ser digno de tan excelsa prerrogativa. A fines de 1875 la desconfianza y el malestar generales hicieron estallar el movimiento que en Enero siguiente se formalizó en Tuxtepec, propagándose con rapidez en distintos Estados, sin que bastaran á sofocarlo los golpes del Jazmín y Teocaltiche, de Tetecala y Lampazos y de otros diferentes puntos. Solicitado por cuantos reconocían su prestigio y cualidades de activo revolucionario, D. Porfirio Díaz, previa la reforma del plan de Tuxtepec hecha en Palo Blanco, y contra la cual protestó D. José María Iglesias, empezó por ocupar el puerto de Matamoros en un aniversario de su victoria de Puebla; sostuvo reñida y contraria acción en Icamole el 20 de Mayo con el Gral. Fuero, y cuando el grave desastre de Epatlán casi dispersó á sus amigos, el Gral. Díaz se presentó en Veracruz á dar nuevo y vigoroso impulso á la revolución, después de una serie de aventuras, casi novelesca, que hubo de arrostrar para no ser aprehendido por los agentes y por distintos jefes del gobierno lerdista, entre los que anduvo disfrazado, y burlándose de su tenaz persecución logró al fin volver á operar en el Estado de Oaxaca, uno de los más felices teatros de sus glorias. Las logradas por los lerdistas en Ajuchitlán y el Fortín, no bastaron á impedir la ruina de su administración, y el 16 de No-